
Fundación de la Ciudad Incaica

“La civilización representa la victoria de la ciudad. Las grandes culturas son culturas urbanas. El hombre superior es un animal constructor de ciudades. La decadencia de Occidente”. Spengler.

Entre la ciudad incaica y la ciudad de fundación española, hay una similitud de principios planimétricos que alcanzan originalmente las grandes culturas de Mesopotamia, Grecia y Etruria. Negada la posibilidad de un igual origen, cabe afirmar que el pueblo incaico aplicó tan singulares como notables principios de urbanismo, porque había alcanzado en su civilización un grado de cultura política y social, como esos pueblos que admiramos en la Historia Universal. A destacar su importancia, tienden las notas que vienen a continuación.

El espíritu urbano en la ciudad incaica.—Toda civilización tiene como consecuencia la formación de una ciudad. Es el espíritu de sociabilidad que se desarrolla en máximo grado después de que la horda o tribu ha pasado de la etapa nómada a la sedentaria. La ciudad, en su sentido de expresión social, viene a ser el último lugar, después de la fortaleza o el templo, o el palacio de la dinastía. La ciudad tiene un sentido de gobierno político que solo se aprecia en las grandes culturas históricas y en las que el espíritu humano se vierte en máximas expresiones del arte y de la política.

En la agrupación urbana de los pueblos, en las ciudades formadas por esos pueblos, sea en forma paulatina, que es como una expresión de su dominio, o en forma espontánea de acuerdo con un trazado preconcebido, que es la representación de la fuerza organizadora de la tribu o del clan, hay elementos que marcan un avance progresivo de la cultura. Elementos de su composición urbana que no aparecen en todas las ciudades dignas de estudio y cuya existencia es como grados de afinación y superioridad social.

La ciudad marca un momento capital en la evolución del pueblo, si no es un conglomerado fruto del azar o de la casualidad, ni se ha determinado solamente por simples condiciones topográficas. Puede nacer en un día o en un plazo largo como fruto de voluntades precisas, y este pensamiento, singular o colectivo, es el que fija no sólo su ubicación, sino también su forma, regula su trazo y ejerce una acción profunda y constante sobre sus habitantes. La vida de la ciudad es el espejo de la vida de los ciudadanos; su potencia hace su prosperidad y este ideal se traduce en los más mínimos detalles de su evolución. Continente y contenido, son dos factores integrales en la historia de la cultura de un pueblo; y son inseparables. Estudiar al hombre fuera de su ciudad se hace incomprendible el sentido de sus actitudes. Estudiada la ciudad sin sus hombres, es un mero estudio arqueológico, una descripción de volúmenes y de espacios libres, no un análisis urbanístico. Hombres y ciudades son la Historia; y por unos o por otras, podemos fijar grandes hitos o señales en el estudio de la cultura de los pueblos históricos.

Las ciudades aquellas que son la expresión de cultura de una raza, de un pueblo o de una nación, presentan siempre un plan de organización, de regularidad, de concierto entre sus varios elementos componentes. Muchas veces dentro de un aparente desorden. No importa cómo se ha formado: hay siempre un símbolo o núcleo alrededor del cual crece o evoluciona. Hay diferencia entre la casa y el reducto en el que

el hombre primitivo, sin o con pocas relaciones colectivas, había su refugio contra la intemperie o los animales salvajes; y hay más diferencia aun, entre la agrupación de esos primitivos "habitantes" cuando sólo forman un confuso amontonamiento o se desarrollan alrededor de la avenida que conducía al templo, o la calle formando la subdivisión geométrica y precisa de las diferentes viviendas o, por último, en torno de la Plaza pública.

Así, la Plaza pública, con su sentido multitudinario y la calle con su expresión del espíritu colectivo, aparecen definidas en las ciudades de grandes culturas: la calle, que como manifestación urbana del aislamiento (individual o familiar) determina la iniciación del derecho personal y de la propiedad privada, aparece sólo a mediados del siglo IV (A. J. C) y la Plaza pública, que deja de ser el espacio libre para mercar y sirve de marco a la reuniones políticas y sociales. Si bien más antigua, es también, por igual tiempo, el elemento urbano indispensable para esa función gregaria de la libertad.

Cuando el ideal político tórnase más importante en la sociedad urbana, la Plaza pública se hace centro de su vida, pero ya la calle se ha multiplicado en la ciudad. No es ya la singular avenida procesional, tronco vital de la urbe antigua y que el ideal religioso guiaba en su trazado, sino son esas múltiples arterias de tránsito y de libre movimiento, por las que vá afirmándose el sentido de independencia de cada ciudadano y que parten o convergen a los centros de sus actividades políticas, sociales o económicas. La calle ha formado la Plaza pública, esa plaza de carácter democrático, de las que Grecia nos dá singular ejemplo con su "Agora". Pero la calle con anterioridad ha sufrido largos procesos de transformación: desde el pasaje o callejón que en un principio era parte de la vivienda misma, hasta ese fruto de conciencia urbana cuyas funciones multánimes acabamos de exponer.

Fué la equitativa necesidad de distribución de tierras la que llevó a la fórmula de la subdivisión regular de la tierra. La geometría euclidiana, cuyo origen primitivo está en Egipto y nace en la necesidad de redistribuir anualmente las tierras que el Nilo con sus desbordes periódicos, borra los hitos de demarcación, induce al espíritu especulativo de los griegos a ampliarla en sus trazados urbanos. Hipódamos de Mileto siguiendo las lucubraciones filosóficas de Aristóteles, ensayó la existencia de la calle al trazar la ciudad del puerto del Pireo. Y es aquí, entonces, donde la calle alcanza su grado de individualidad, signo de libertad urbana cuya existencia en las ciudades son la evidencia de su cultura política y social.

Al principio, la horda o el clan, en busca de defensa se aglomeró en el vértice de un cerro. En su cúspide o en una saliente bien flanqueada y protegida, erigió el templo de sus dioses, la casa de su jefe y rodeada de sus fuertes murallas, dió poca o escasa cabida al hombre común. Aún no se conocía el concepto de verdadera ciudad. La ciudadela o recinto fortificado, apiñado en la vertiente de la montaña escarpada, limitado su desarrollo por los barrancos abruptos y defensivos, tiene más de fortaleza que de urbe organizada. Cuando el pueblo adquiere tranquilidad social y fuerza política, extensión geográfica y dominio dinástico, entonces la ciudad baja y se funda en el llano. Se organiza y crece, y en la ladera cercana se yergue la fortaleza a donde irán a refugiarse, en el caso de una invasión de enemigos, que se torna tanto más improbable por su distancia a las fronteras que el pueblo ha ido ensanchando al compás de su prepotencia.

Sin duda alguna, para las ciudades incaicas, este proceso fué igual. Las poblaciones incaicas se formaron en las laderas y en las cumbres, aprovechando las vertientes como escarpas. Eran agrupaciones militares, combativas, de primitiva organización política. Las necesidades crecientes de la población, su riqueza agrícola y la necesidad de cuidarla más de cerca y el desarrollo demográfico, hicieron ver que las

barreras de vertientes y barrancos no permitían el crecimiento de la urbe y fueron los hombres a buscar las tierras planas, para la "ciudad sin límites". Con la égida protectora de su fortaleza, la ciudad se tendió en el valle. Como en la antigua Esparta y en muchos otros pueblos de la antigüedad, que se pueden señalar como ejemplo, la ciudad quedó abierta en sus límites cada vez más dilatados. En muchos casos, es cierto, fué primero un núcleo fortificado, pero éste era el mismo caso de la fortaleza erigida en empinada vertiente. No siempre el hombre pudo fundar el real de su clan o de su tribu en la cúspide de un cerro y le fué preciso hacerlo en un llano.

Fundación del Cuzco.—El legendario Manco Cápac o sus antepasados, los hermanos Ayar, sintieron la necesidad de fijar la ciudad capital, adonde asentar el dominio teocrático de su tribu. Pueblo conquistador, que sin duda alguna existía en numerosa agrupación humana, en los fértiles territorios de Kollasuyu, bajaron a las más tibias regiones del Cuzco. Lugar adecuado, lleno de privilegios naturales. La fundación del Cuzco, demuestra, en primer término, una selección topográfica, no fruto del azar, sino meditada excogitación. El lugar tenía innumerables ventajas: defensa y protección, agua, clima, bondad de las tierras y situación mediterránea. Los fundadores del Cuzco, quienes fueran, vieron perfectamente a dónde iban a asentar la futura capital. Podría probar ésto la existencia de un pueblo gobernado, que alcanzaba maduro desarrollo social. Y en el remoto caso de que el emplazamiento de la ciudad hubiera sido asiento anterior de pueblos tanto o más cultos que sus fundadores, los incas, queda destruído, cuando, como veremos más adelante, la ciudad se levanta de acuerdo con una traza orgánica, de calles y de plazas y de conjunción de vertientes y de ríos, que sólo es fruto de preocupación y de singular voluntad. El hombre buseó el clima adecuado. La civilización y el clima se desenvuelven parejos. El hombre se aclimató a ciertas regiones, pero siempre trató de

buscar los lugares más apropiados cuando pudo trasladar íntegramente su tribu. En el caso del Cuzco, sin duda alguna, el fundador descubrió —por larga experiencia— no sólo el mejor clima, sino el mejor lugar: protección natural, agua, buena tierra y además cerro para su fortaleza. No fué primero Sacsahuamán. Primero fué su capital en la quebrada. Muestra de la existencia de una seguridad política — de un alejamiento de enemigos— en verdad que en tan dilatado territorio podría ser. Y además, dominio o gobierno sobre las tribus vecinas.

Dice Garcilaso de la Vega en sus *Comentarios Reales*: El Rey Manco, considerando que aquel hermoso valle del Cuzco tiene el sitio llano, cercado por todas partes de sierras altas, con cuatro (?) arroyos de agua, aunque pequeños que riegan todo el valle y que en medio de él había una hermosísima fuente de agua salobre para hacer sal, y que la tierra era fértil y el aire sano, acordó fundar su ciudad imperial en aquel sitio, conformándose, como decían los indios, con la voluntad de su padre el Sol, que según la seña que le dió la varilla de oro, quería que allí asentase su corte porque había de ser cabeza de su imperio.

Si se trata de la leyenda de los hermanos Ayar, Ayar Manco, (que podría ser el Manco Cápac de Garcilaso y de otros historiadores) ayudado de las cuatro mujeres, una su esposa y las otras tres, viudas de los Ayar, “subió a un cerro llamado Huanacauri y desliando la honda de la cabeza, tiró con ella cuatro piedras, señalando las cuatro partes del mundo y diciendo a voces que con aquella acción tomaba posesión de las tierras por sí, y en nombre de sus hermanos y mujeres”.

“A los cerros que señaló con las piedras, a uno llamó Antisuyo, hacia el Oriente; al del Poniente lo llamó Kontisuyu; al del medio (del Mediodía) Koyasuyu”. Tal dice Montesinos en sus Memorias y olvida indicar el Chinchaysuyu o rumbo del Norte; agregando más adelante que “Señor de las

cuatro partes del mundo”, era el título con que se aclamaba a los reyes incas.

Esta es la leyenda de la fundación del Cuzco, que hacen los cronistas españoles y que se recoge de declaraciones orales que hacen de diferentes instrucciones, los “amautas” o sabios del antiguo imperio. Se vé claramente, que en un acto volitivo, Manco Cápac, o el primitivo fundador de la urbe, siguiendo las “inspiraciones” de su padre el sol, planta en el suelo su varilla de oro y señala el sitio de la ciudad. Desde la roca de Huanacauri, de donde consagra la tierra y la divide en cuatro regiones, hasta el apelativo que se dá al inca como “Señor de las cuatro regiones”, hay similitud con la fundación de la ciudad etrusca, que ha seguido los ritmos más antiguos aún, de la ciudad mesopotámica. Hélos aquí. Los textos de Plutarco al referirse a la fundación de la ciudad etrusca, y también las relaciones de Dionisio de Halicarnaso, expresan que el fundador de la ciudad escogía el emplazamiento, tomaba posesión en nombre de los dioses, consagraba la ciudad orientando sus principales arterias según los puntos cardinales, para lo que plantaba en el punto central elegido, la varilla que llevaba en las manos y cuya primera sombra al salir el sol, señalaba la dirección de la vía principal.

Sin que esto signifique una comparación, en son de búsqueda de común origen, no deja de sorprender la similitud en los actos de la fundación. Desde la roca de Huanacauri, de donde el Inca lanzó sus piedras y dividió las tierras en cuatro regiones, al igual que el “aurispice” etrusco que consagra la tierra desde el capitolio; hasta la varilla de oro de Manco Cápac, al igual que el “lituus” del héroe fundador que la plantaba en el suelo para señalar la orientación de la vía principal, hay analogías sorprendentes, y las hay más cuando, como dice Foustel de Coulanges, “que este Acrópolis en Roma, no es ni la Colina Latina, ni el Palatino, ni el Quirinal: es el Capitolio; y que los dioses que allí reinan, no son los latinos ni

los Sabinos: es la triada etrusca de Júpiter, entre Juno y Minerva”.

Es verdad que los etruscos no consideraban la ciudad como realmente fundada si no poseía los tres templos de Júpiter, Juno y Minerva y el Capitolio con su templo de triple habitación, es un acrópolis etrusco, y desde él, se domina o funda la ciudad. Recuérdese entonces la leyenda de las tres ventanas de las que salieron a fundar el Cuzeo los hermanos Ayar. Hacemos notar que en la arquitectura incaica, aparece frecuentemente ese triple juego de ventanas en las habitaciones o altares más elevados de todos los grupos de los edificios. Lo que pudo ser un motivo decorativo de la arquitectura, origen —sin duda— en el símbolo religioso. (Lo que por lo general sucede en muchas arquitecturas).

Refiriéndonos nuevamente a los etruscos, dice A. Gremier en su obra sobre *La Ciudad Romana y su Fundación*: que estos tráfugas de los viejos imperios del Asia anterior y de los griegos del período jónico, habrían sido, sin duda, independientemente los unos de los otros y con variantes notables, sujeta la concepción de la ciudad a las tradiciones asiáticas, y es así, como, según el rito etrusco, se había fundado Roma”.

Nissen sostiene, que los etruscos son originarios de Asia, y al conservar los ritos de la fundación de la ciudad, no hacían sino recordar algunas prácticas de la consagración del suelo por la orientación, ya que se imprimía materialmente la imagen del pensamiento divino en las cosas sagradas; y así, la ciudad, morada de los dioses y espacio de tierra que le es consagrada, debía reproducir en sus trazos esenciales, el plano del cielo, tal como lo concebían los antiguos. Este plano del cielo aparece manifestado claramente a los ojos humanos, según Blecher y Thulin, en el curso del sol y los cuatro puntos cardinales. Son estas, doctrinas que llegan a los etruscos, desde el más antiguo oriente. Y la fórmula babilónica que expresaba enfáticamente la potencia del soberano, era: ‘Rey

de cuatro regiones” como los incas designaban a sus reyes cuando los aclamaban.

Funda el inca su ciudad en el lugar el cual su Dios se lo señala, escogido así por superior designio, y lo que en el fondo es el fruto de refinada cultura. Y para ordenar su plano, traduce el mapa del cielo; es decir, el gran camino que marca el Sol en su recorrido con su oriente y su ocaso. Es así como se pone el punto céntrico del Tahuantinsuyo. Y como lo dice el historiador Luis Valcárcel en su significado de esta denominación: Son los cuatro rumbos cardinales más porciones territoriales, y en un más amplio y abstracto sentido “todo lo creado”.

Este detenido análisis etimológico que expone en su profundo estudio, Luis Valcárcel, confirma una vez más el sentido mágico que se dá a la fundación de la ciudad. Magia que en el fondo no es sino la ciencia y los conocimientos que poseían los fundadores del Cuzco. Y así, ANTI, el Sol en su naciente, es uno de los rumbos. Más adelante, de allí de donde nace el sol, esa cordillera que guarda misterios legendarios, cubrirá con su nombre toda una extensa región que conquistarán los continuadores. Y Konti —en su ocaso— igualmente marcando otro de los rumbos, aquel en el que el Sol—según la leyenda machigüenga— el Sol de color de fuego que se hunde en el mar.

Lo que resulta del estudio y comparación de las ciudades del pasado histórico, lo que la urbanología nos permite señalar por esos análisis, con respecto a la ciudad incaica, Valcárcel, por otro camino, el del análisis filológico, confirma esa extraordinaria similitud del trazado del antiguo Cuzco con las viejas ciudades del Oriente. Vale transcribir uno de los más sugestivos párrafos del interesante trabajo de Valcárcel: “Cuando entra a componer la palabra Tahuantinsuyo— se refiere a “suyu” —evoluciona el sentido para expresar “rumbo”, “dirección”, “líneas cardinales”. Así, la traducción más certera de dicha voz compuesta es: “Los Cuatro Rumbos Car-

dinales”, confirmando la interpretación de Garcilaso: “las Cuatro Partes del Mundo”, pero no en el sentido de porciones territoriales, sino en el más amplio y abstracto de “Todo lo Creado”, para lo cual hay que tener en cuenta el espíritu *Etnocentrista* de los Incas, quienes se consideraban “Señores de la Tierra”, a la cual iban ganando por cada uno de los cuatro rumbos (Norte-Sur-Este y Oeste) como el agricultor que avanza por el surco. Con ese etnocentrismo, señalaron ellos el Cuzco como el núcleo del mundo, como el KOSKO, (en su acepción de “omblico”) lo cual— una vez más—devuelve autoridad a Garcilaso. Es con relación al Cuzco que se orienta todo en el Imperio y se construye el aparato del Universo. En efecto, los rumbos y direcciones (SUYU) de Antisuyu, Kontisuyu, Chinchaysuyu y Kollasuyu, son tomados con el Cuzco como punto central. Cada uno de sus rumbos está “realizado” por un camino, todos los cuatro salían de la plaza mayor cuzqueña, es decir, que ahí se cruzaban las dos diagonales: Norte-Sur y Este-Oeste. Los pueblos eran clasificados conforme a su ubicación a un lado y otro de dichos grandes caminos como se puede ver en Garcilaso y en Huaman Poma. La línea capital que coincide con el camino del Sol (una parábola) está marcada con tres sugestivos nombres: ANTI, en su nacimiento; INTI, en el cielo o zenit; KONTI, en su ocaso. Bien sabemos que Inti es el nombre del astro del día cuando resplandece en lo alto. Lo que ignorábamos hasta hace poco y que nos ha sido revelado por una leyenda machigüenga es que Konto viene a ser el Sol que se pone, el Sol de color de fuego que se hunde en el mar, en nuestro occidental Pacífico.

La época en que fué fundada la ciudad es desconocida, pero la leyenda la asigna a Manco Cápac. Formal coincidencia en los ritos o mesopotámicas, son las que revelan un muy distante pero casi certero de este pueblo a los que primitivamente formaron las civilizaciones de Egipto, Asiria y Etruria. ¿Sería aventurado asegurar tal cosa? Si así no fuera ¡qué extraordinario concierto de fórmulas y ritos concuerdan en la

fundación, del Cuzco, que puede entonces revelar cómo este pueblo alcanzó un desarrollo cultural, similar, por distintos caminos que los del Mundo Antiguo!

Organización y plano de la ciudad.—Tal era el concepto astronómico y el ritual que guió a los incas (o a sus antecesores) en la fundación de la ciudad del Cuzco, y muestra la preconcepción de su trazado.

Luego, la ciudad se organizó. Los incas dieron a la capital del Tahuantinsuyo una configuración que se asemeja a su gran imperio, pero el nombre de este gran imperio y su subdivisión política, no fué sino la imagen prolongada de la ciudad de la fundación original de la urbe cusqueña; núcleo tribal de donde partió la conquista y la formación del gran imperio, como nos lo ha hecho ver Luis Valcárcel.

En lo social, la ciudad sólo se subdividió en Hanan-Cuzco y Hurin-Cuzco, que formaban el núcleo central, antes de que paulatinamente, con el correr de los años y hecha la traza general, se levantaran y poblaran los diferentes barrios que la componían. Pero las cuatro orientaciones que marcaban en la ciudad “el Plano del cielo” ya quedaron señaladas con la dirección de los cuatro caminos que partían a las cuatro regiones de las que el Cuzco era centro u “ombigo”, (como se dice, es el significado de la palabra Cuzco).

Dice Molina: “Entre estos orejones o incas que viven en el Cuzco, hay dentro de la ciudad, dos parcialidades: la una es la de los incas que viven en el Urín Cuzco y la otra es la de Hanan Cuzco, que es el Cuzco de arriba y tiénese entre ellos por hidalgos y más nobles a estos últimos”.

De este núcleo central arrancaban los cuatro caminos a las cuatro regiones cuyos nombres conocidos eran: Kollasuyu, Antisuyu, Kontisuyu y Chinchaysuyu. El trazado de los cuatro caminos aún subsiste en el Cuzco y pueden apreciarse al contemplar el plano que ilustra estas notas.

Luego se formaron los barrios. Según referencias históricas, los nombres de los barrios correspondientes en el Cuzco,

eran según Luis E. Valcárcel, quien hace una valiosa interpretación de ellos, los siguientes: "Konticancha" o barrio del picafloor; "Cumpicancha" o barrio del tejido fino; "SairancanCHA" o barrio del tabaco y "YarampucanCHA" cuya interpretación filológica, según el mismo autor, no puede deseu-brir.

A este respecto, escribe Garcilaso: "Los incas dividieron aquellos barrios conforme a las cuatro partes de su imperio..... y éstos tuvo principio desde el primer Inca Manco Cápac, quien dió orden que los "salvajes" que reducía a su servicio fueran poblando, conforme a los lugares de donde venían. Los del oriente al oriente y los del poniente al poniente, y así los demás. Conforme a éstos estaban las casas de aquellos primeros vasallos en la redondez de la parte de adentro de aquel gran cerco, y los que se iban conquistando, iban poblando conforme a los sitios de sus provincias. Los curacas hacían sus casas para cuando vinieran a la corte, y cabe las del uno hacia el otro, guardando cada uno de ellos el sitio de su provincia: que si estaba a mano derecha de su vecino, labraban sus casas a la mano derecha; y si a la izquierda, a la izquierda; y si a las espaldas, a la espalda; por tal orden y concierto que bien mirados aquellos barrios y las casas de tantas y tan diversas naciones como en ellas vivían, se veía y comprendía todo el imperio junto, como en el espejo o en una pintura de cosmografía.....".

Era ésto no sólo una razón de orden demográfico, sino también política de buena administración. Repitiendo a Fernando de Montesinos, sabemos que "esta división, dicen los indios viejos, que la hizo Inti Cápac con particulares intentos; porque con la división y parcialidades se dividiesen en alguna manera las voluntades; porque si sobreviniere algún motín en la ciudad, no simbolizasen los ánimos y para que, estando así divididos en diversos barrios y gobiernos, se pudiera tener mejor cuenta y noticia de la gente; y para cuando el rey los hubiese menester o para la guerra o para algu-

na obra pública u otra cualquier cosa o para la paga de los tributos se pudiese, sin confusión, tener conocimiento de todos; y la más principal causa, para que la emulación y diversidad de opiniones que causaba esta separación y división, fuese causa de que los de una parte procurasen aventajarse a los de la otra y esta emulación los hiciese célebres en sus oficios y habilidades. Y esta distribución y división mandó que se hiciese en todas las ciudades de su reino y para ello envió orden expresa a sus gobernadores.....”.

Sin duda alguna que esta subdivisión se debió al Inca Yupanqui o Pachacútec, pues la historia guarda recuerdo de este hecho. Fue él quien rehizo los ayllos reales del Cuzco y señaló barrios.

He aquí, pues, un plan de organización urbana digno de todo elogio. Un poco ajena a las concepciones liberales de los últimos tiempos pero, recuérdese que aún, los oficios, buscan agruparse en las ciudades; fenómeno social que se apreció en las de fundación colonial y que era de práctica obligatoria en todas las grandes ciudades de la edad media.

Después de todo, la “zonificación”, recomendada por la urbanología y que hoy se lleva a cabo en la organización de la ciudad moderna, no es sino esta misma costumbre, y con el propósito de ordenar su crecimiento y evitar congestiones o desórdenes inconvenientes y perjudiciales a la economía y otros preceptos que rigen la comodidad de la urbe.

Topografía del asiento urbano de la ciudad del Cuzco.— Antes de señalar la subdivisión de la ciudad en cuarteles, descripción que nos han conservado los cronistas de la época, y en especial el historiador Garcilaso de la Vega, es necesario que hagamos la descripción topográfica del asiento de la ciudad.

El núcleo original se tiende en una llanura de suave pendiente que principia en los contrafuertes de la Fortaleza de Sacsahuaman y termina en punta, en el encuentro de los tres arroyos: el Chunchulmayu, el Tulumayu y el Huatanay, este

último como bisectriz del ángulo que forman los otros dos y hace el eje principal de la ciudad.

La gran plaza en el corazón de la urbe, la subdivide el Huatanay. Esta subdivisión y planimetría urbana, fué buscada por necesidades de higiene y comodidad, pues el arroyo, al pasar por el medio de la ciudad, permitía repartir sus aguas, a la vez que recoger las usadas, provenientes de las canaletas de desagüe que corrían por las calles longitudinales. Permitían así establecer un servicio relativamente adecuado para la higiene de sus habitantes y la limpieza de la ciudad.

El Huatanay, que era el río eje, corría por el medio de una calle amplia. Atravesaba la ciudad desde la portada de Huacapuncu que es por donde el arroyo penetraba al Cuzco, hasta juntarse con el camino del Kollasuyu. Salía de la ciudad por el barrio de Pumachupan, del que hablaremos más adelante. Marcaba esta calle un eje importante de la ciudad; el cauce estaba canalizado con piedras perfectamente labradas y bien ajustadas entre si; todo él, estaba cubierto de grandes losas "para que el agua corra limpia y clara y aunque crezca no desborde", nos dice Pedro Sancho en su *Relación de la Conquista del Perú*.

Por las calles longitudinales, las más largas, paralelas al Huatanay, corrían las acequias que conducían el agua a los diferentes barrios y cuarteles; las calles transversales no las tenían. Se aseguraba así, de esta manera, un servicio indispensable de agua para la higiene doméstica; fuentes de agua cristalina, provenientes de vertientes cercanas la distribución a los moradores en diferentes lugares. En algunos casos, estas fuentes estaban en el paramento de los muros que daban hacia la calle; una red de canales de piedra las llevaba por el interior de las casas, especialmente en los palacios de los caciques. En los últimos trabajos arqueológicos efectuados en el Cuzco, en 1934, se han descubierto canales de esta clase, los que a veces tenían en su vertedero, labrado algún animal simbólico y con muy curiosas disposiciones para desviarlas de

un caño a otro. Estas acequias recogían también el agua de lluvia que en ciertas épocas del año forma verdaderos torrentes por las calles.

Barrios.—La ciudad del Cuzco, estaba subdividida en doce cuarteles. Garcilaso los consigna en sus *Comentarios Reales* y es de la obra de Luis Valcárcel, que recogemos los datos que a continuación exponemos:

Comenzando por el Norte, estaban los siguientes: Kolkampata o la terraza del granero. Está situado en las faldas de la fortaleza de Sacsahuaman. En una de sus andenerías, se conserva aún el llamado "Palacio de Manco Cápac".

"Kantupata" es el que le sigue y su etimología es "altura de las clavelinas o Kantus"; ocupaba el talud que baja de Choquechaka.

"Tokocachi" o "cueva de la sal". Corresponde hoy a la parroquia de San Blas. Debieron ser todos sus edificios muy rústicos, porque en esta zona no existe un sólo fragmento de muralla de granito bien labrado como en muchas otras partes del Cuzco.

"Munalsenka" o "cuchilla de cerro hermosa".

"Rímacpampa" o "llano donde se habla", era el límite oriental del templo del Sol.

"Pumachupan" o "cola del puma", es el triángulo dentro del cual estaban ubicados los edificios de "Koricancha" y sus dependencias. Lo forman la unión de los dos ríos Huatanay y Tulumayu y recibió este nombre por su ubicación extrema.

"Kallaucachi" "salina en formación".

"Chakilehaca" o "puente de las ovas", fué la morada de los colonos o mitimakunas.

"Pijchu" o "punta de cerro" era también barrio de foráneos.

"Killipata" o "alto del cernícalo", era una barriada semiagrícola.

“Karmenca” o “espaldilla” poblaron allí los cañaris y chachapoyas. Por este barrio pasaba el camino al Chinchaysuyu.

“Wakapuncu” o “la puerta del santuario”, es el barrio de Sapi y quebrada de Huatanay.

La Plaza principal del Cuzco.—Esta gran plaza dividida en dos partes por el río Huatanay y cubierto, este último, a trechos para facilitar el paso de un lado al otro, era el corazón de la ciudad. En ella, se saludaba la aurora y se celebraban las grandes fiestas del año. Allí se presentaban los ídolos mayores para su veneración por el pueblo y las momias de los incas fallecidos para tributarles honores recordatorios. El Raymi, fiesta religiosa celebrada en el período del solsticio de verano, tenían lugar con toda solemnidad, los actos reales, la distribución de pan y chicha, los matrimonios que anualmente se realizaban en todas las ciudades del imperio y que en el Cuzco presidía el mismo inca; las fiestas militares y los grandes desfiles antes de las excursiones conquistadoras, todo era motivo de grandes reuniones en aquella plaza que adquiría así el sentido democrático del “agora” griego. La importancia de estas reuniones descubre claramente el espíritu urbano de la ciudad incaica. Aquí se sentía el palpitar de la urbe en todas sus actividades. Era así, su corazón.

“Aukaipata” y “Kushipata” eran los nombres de las dos partes en que se subdividía la gran plaza. Huacaypata, la denomina Garcilaso de la Vega en sus *Comentarios Reales*, pero otros historiadores, tal Cristóbal de Molina, Pedro Cieza de León y Juan de Betanzos la nombran invariablemente con el nombre de Aukaipata. La otra recibió el nombre de Kushipata o sitio de regocijo, pero Valcárcel insiste en que este nombre se presta a equivocaciones y recuerda que los kushipatas eran sacerdotes principales de la religión solar. “De cinco en cinco días se hacía mercado en una plaza ancha y larga llamada Cusipata...., leemos en el Libro IV, Cap. II de la *Historia de los Incas, Reyes del Perú* por Fray Martín de Morúa, que

escribiera en el siglo XVI. Cabían en la dicha plaza, cien mil personas (que no es exagerado si se considera que su superficie, entonces abarcaba más de cinco hectáreas). Cada oficio y cada mercadería tenía un lugar señalado, a la cual dicha plaza llaman los indios "Catu" en la cual hay de ordinario muchas mercancías de todo género, en donde van unos y otros, porque como en tiempo del Inca no corría moneda, rescataban una cosa por otra".....

"Aukaipata" era plaza para las ceremonias. Su nombre así lo indica "Kushipata" estaba destinada a los regocijos populares. Cada una tenía su destino: el uno, sagrado, sacerdotal y de concurrencia militar; y el otro, era para el libre acceso del pueblo, allí donde se celebraban sus fiestas, reparticiones y ceremonias. Por eso, sólo de la primera partían las "tres calles" hacia el templo de "Koricancha". Era esta parte de la plaza, más pequeña y en el centro de ella se levantaba una ara de piedra, que era sitio de donde el inca presenciaba las diferentes ceremonias.

A su alrededor se erigían los palacios de las principales familias o linajes del Cuzco: el del Inca Roca, el de Pachacútec, quien reedificó la ciudad y realizó alteraciones sustanciales en el reparto de los ayllos urbanos; el de Wiracocha, sobre el que hoy se levanta la Basílica; el de Huayna Cápac o Amarucancha y la Casa de las Aellas o escogidas del Sol, lugar de las mujeres destinadas a su culto y en donde recibían selecta enseñanza de oficios femeninos. Muchos muros de estos edificios quedan aún, en pie.

El sentido sagrado de esta plaza, lo revela la descripción que de ella hace Polo de Ondegardo. Relata que "toda aquella plaza del Cuzco, le sacaron la tierra propia y se llevó a otra parte por cosa de gran estima y la hincharon de arena de la costa del mar, como hasta dos palmos y medio en algunas partes y sembraron por toda ella muchos vasos de oro y plata, y ovejuelas y hombrecillos idolillos de lo mismo, lo cual se ha sacado en mucha cantidad, que todo lo hemos visto; desta are-

na estaba toda la plaza cuando yo fui a gobernar aquella ciudad; o si fue verdad que aquella se trajo de ellos (se refiere a la arena de la costa) afirman y tienen puestos sus registros, paréceme que sea así, que toda la tierra junto tuvo necesidad en entender de ello, porque la plaza es grande y no tiene número las cargas que en ella entraron y la costa más cerca está a más de noventa leguas, a lo que creo ser cierto, porque todos dicen que aquel género de arena no lo hay hasta la costa”.

Pero también habían otras plazas, además de esta principal. Una de ellas era la de “Rimac-pampa”. Garcilaso se refiere a ella diciendo que en esta plaza “se pregonaban las ordenanzas y leyes para que el pueblo entendiera de ellas” ya que sólo en esta forma podían tener conocimiento de las disposiciones y mandatos del soberano.

“Intipampa” era la plaza frente al templo del Sol. A ella accedían y estacionaban los que no podían entrar al templo, y allí depositaban sus ofrendas. Las recibían los sacerdotes, para luego presentarlas a la sagrada imagen en su interior.

Las calles.— Las principales se orientaban paralelamente al curso de las aguas del río Huatanay. Las transversales eran de menor importancia. Las primeras tenían las acequias para la higiene urbana, derivadas de los arroyos que surcaban la ciudad; las otras carecían de ellas. Las unas eran anchas, las otras más angostas; planimetría, observada en otras poblaciones tal como Ollantaytambo de cuya traza haremos especial mención como complemento de la ciudad incaica.

Así, las calles principales eran más largas, las secundarias transversales, cortas; el plano de la ciudad se desarrollaba en islas geométricas, alargadas, cuyo largo era aproximadamente tres veces su ancho, sin que esto fuera una regla fija.

La calle de Huatanay, se orientaba de Norte a Sur. Era el eje de la ciudad y su orientación obedecía al rito de su fundación, como lo hemos dicho más adelante.

En la "Relación de la conquista del Perú", que hace Pedro Sancho, se lee: "Hechas las calles en forma de cruz, muy derechas, todas empedradas y por en medio de cada una, un caño de agua, revestido de piedra. La falta que tiene es el ser angostas, porque del lado del caño sólo puede andar un hombre a caballo y otro del otro lado.

Lo mismo dice Cieza de León: "Había grandes calles, salvo que eran angostas". Es extraña la sorpresa de los españoles conquistadores, de la estrechez de las calles. No eran más angostas que las de las ciudades y pueblos de la metrópoli, y aquí en el Cuzco, estas calles estrechas eran las transversales, secundarias de menor importancia, ya que las calles longitudinales, como se ha dicho y se repite, por su importancia en el plan orgánico de la ciudad, eran largas y anchas. Hoy subsisten tal cual y por ellas transitan peatones y vehículos con relativa facilidad. Igualmente, decía entonces tal cosa el cronista Vaseo de Contreras y Valverde en su *Relación de la Ciudad del Cuzco*: "Las calles son grandes y largas, la mayor parte angostas, y en las principales hay bastante capacidad para rodar coches por ellas".

Con referencia a las tres calles que de "Aukaipata" salían hasta Koricancha, dice Garcilaso: "Tres calles principales salen de la Plaza Mayor del Cuzco y van Norte a Sur hacia el templo" (Obsérvese la orientación de estas calles de orden sagrado y principales en el rito solar) "La una es la que vá siguiendo el arroyo abajo. La otra es la que en mi tiempo llamaban de la cárcel. La tercera es la que sale del rincón de la Plaza y vá la misma vía. Por todas estas calles iban al templo del Sol, pero la principal era la que salía en medio de la Plaza (hoy Loreto, perfectamente conservada) por la cual iban y venían al templo a adorar el Sol y llevarle sus embajadas, ofrendas, sacrificios y era la calle del Sol. Estas tres calles eran atravesadas por otra de Oriente a Poniente y era el término y límite donde se descansaban los que iban hacia el templo.

Los suburbios.—Como toda gran ciudad, a los alrededores del Cuzco estaban los suburbios a donde el común de gentes vivían en “echujillas” o chozas de adobe cubiertas de la maleza del gigantón (Jawakollai) mezclada con paja o lana de llama. Estas casitas estaban desparramadas por todo el distrito agrario que se extendía hasta Akoyo (Valcárcel). Pedro Sancho en su descripción del Cuzco, dice: “desde esta fortaleza (Sacsahuaman) se ven en torno de la ciudad muchas casas a un cuarto de legua y media legua y una legua, y en el valle que está en medio rodeado de cerros hay más de cien mil casas y muchas de ellas son del placer y recreo de los señores pasados y otras de los caciques de toda la tierra que residen de continuo en la ciudad”.

Ollantaytambo, Documentos de Urbanismo Histórico. — Confirmación a las anotaciones hechas para el Cuzco, es el estudio de la población de Ollantaytambo; ejemplo, más pequeño, pero precioso por su conservación. Son pocas hasta ahora las ciudades incaicas a través de la época virreinal, sin haberse destruido su núcleo urbano y queden aún en pie los muros de sus casas, intactas las calles, conservando así su carácter y ambiente antiguos. Ollantaytambo es un ejemplo de ello, es por consiguiente un caso histórico de urbanismo incaico y su extraordinaria conservación “por su alejamiento de las vías de tráfico continuo y frecuente”, permite hacer sugestivas evocaciones a la vez que deducciones interesantes de orden urbano.

El espíritu orgánico en la aglomeración urbana de los antiguos peruanos se revela en este y otros casos con pasmosa originalidad. ¿De quiénes adoptaron los normas de simetría, orientación, regularidad, previsión y concierto? ¿Por qué caminos llegaron a ellos, estas ideas, cuya revelación de luces a ejemplo de cultura occidental y se pondera como genuino aporte del saber griego del siglo de oro? Los antiguos peruanos habían utilizado la calle, elemento tan significativo de espíritu de colectividad e iniciación de la etapa del derecho personal

o de la propiedad individual. En Ollantaytambo nos encontramos nuevamente con la disposición rectangular de las manzanas con calles que se cortan en ángulo recto, diferenciada su importancia de longitudinales a transversales. El núcleo original —aún perfectamente conservado— lo forman manzanas rectangulares con dos solares, cada uno con su entrada propia, frente a calles longitudinales. Cada solar contiene en su recinto, aún intactas, las viviendas de los pobladores incaicos y que hoy utilizan tal cual, los descendientes o los mestizos, con menos cuidado y menos higiene. Cada cuartel estaba destinado a una familia o ayllu y la tradición conserva aún algunos nombres. La primera manzana era “Leonhuatana”, la segunda “Torohuatana”, la tercera “Cipascancha”, la cuarta “Texacocha”. También está la casa de las “acllas” o escogidas, que ocupaban un cuartel completo y cuyas viviendas y galerías quedan aún en pie.

Las calles longitudinales eran recorridas por acequias canalizadas, de piedra labrada, por donde corre el agua torrenciosa y límpida. Son las principales, y a estas calles dan las portadas de piedra de cada solar. Las calles transversales no tienen acequias; son estrechas, de casi dos metros de ancho con una sola acera lateral y a ella no da puerta alguna. La higiene urbana estaba asegurada por esos canales por donde corre abundante agua. Sistema radial con origen en lo alto de la ciudad, tenía también un rol de distribución de ayllus: la acequia principal dividía al pueblo en dos partes. La del oriente correspondía al Ayllu del Cuzco y la del Poniente a los Arakames. Era ésta, la subdivisión de Hanan y Hurin de cada ciudad.

El sistema cuadrangular romano que los españoles importaron a América para sus ciudades, era conocido por los antiguos peruanos y Ollantaytambo, más moderna que el Cuzco, cuyas ruinas sirven de base a la ciudad contemporánea, nos revelan su existencia. El sistema de evacuación por canales al centro de las calzadas, tan poco usado en las antiguas ciuda-

des europeas de la Edad Media y que hasta hace poco las ciudades americanas han exhibido como único recurso de salubridad urbana, ya era empleado para protección sanitaria por los incas y con sistema de distribución dignos de la técnica moderna.

La ciudad terminaba al norte, en hermosa andenería que se desarrolla hácia el río Vilcanota; hácia el sur, está el valle por donde corre el riachuelo "Patacancha" que separa Ollantaytambo de la población sagrada que se levanta al pie de la fortaleza.

Una íntima unión existía entre una y otra, y ésta ha sido descubierta por plano recientemente levantado. La enorme plaza de Manyaraqui, cuya simetría tiene símbolo de primacía en este conjunto urbano, está ligada al pueblo por dos calles paralelas que arrancan de un costado de la citada plaza y que alcanzan el frente norte de las manzanas del pueblo de Tambo. Manyaraki es la plaza pública, es la plaza ritual, al otro lado del río, allí donde la vida religiosa y civil se desarrolla en todos sus actos y ceremonias, tan numerosas e importantes en la vida incaica. La plaza pública —otro elemento importante de la urbanística incaica— llenaba una finalidad colectiva del conglomerado urbano y su existencia reclamada por necesidad social. Los que trazaron y orientaron las ciudades incaicas, tenían claro concepto de la simetría y del orden urbano, tanto como factor ornamental, como medio de un sistema ritual y ceremonioso muy digno de apreciarse debidamente en los estudios históricos. Así se demuestra que ellos subordinaron a su vida social la ciudad misma, con todos sus elementos, que amoldaban y trazaban dentro de concepciones perfectamente definidas de antemano. Hay que ver el plano de la plaza de Manyaraqui para apreciar cómo a ella habían de converger todas las actividades del pueblo; los palacios, calles y edificios están relacionados con simetría y puntos de vista que revelan una concepción anterior a su existencia y fundación.

Después, en el aspecto de conjunto, que se domina desde el cerro de Intihuatana, elevado sobre el pueblo, a cerca de doscientos cincuenta metros, se aprecia un nuevo sentido de armonía del conjunto. Desde Ollantaytambo arrancan los caminos al río Vilcanota. Uno se dirige hasta el palacio de Kolluracay, ubicado en el vértice de elevados andenes, con su torre de dos pisos; otro que enfila siguiendo el curso de Patacancha, que domina desde la otra vera los torreones de Choquekelca; otro, más al Poniente, elevado sobre los andenes de piedra rústica, con sus murallas defensivas, cierra parte del valle y alcanza un torreón defensivo cerca de un meandro del río Sagrado. Todos estos ríos cruzan el enorme terreno, trabajado en andenes perfectamente nivelados, regulares en su plano políndrico al elevarse con sus muros de piedra, como pirámides de verdura, en medio de otros cuadros del cultivado damero de Ollantaytambo. Todos tienen una orientación precisa; todos arrancan radialmente del pueblo en exacto sentido de actividad urbana y agrícola.

Las palabras son pocas para explicar todo ésto; las fotografías dan idea parcial de cada cosa. Es necesario dominar el pueblo y la campiña desde las cumbres de los alrededores para apreciar panorámicamente esta armónica y estudiada combinación de la ciudad y el campo, y luego, bajar a las ruinas para ver cada detalle y luego juzgar cien veces a mejor todo lo que en estas notas se trata de describir.

El español conservó la ciudad incaica.....—De preferencia, el conquistador español fundó sus ciudades en el llano, en los términos en donde las necesidades y conveniencias de su dominio político lo requerían; pero, también aprovechó la población primitiva para establecer su gobierno, cuando ésta, por su magnitud o importancia, le brindaba el lugar adecuado para tales fines.

Así sucedió con varias poblaciones, y especialmente con el Cuzco. Los españoles se posesionaron de esta ciudad por razones de orden político. También, como era una ciudad for-

mada al estilo y traza de las ciudades españolas, no tuvieron mayor dificultad en acomodarse en ella. Con su gran plaza (que luego redujeron), con sus calles y sus palacios de piedra, servía admirablemente a sus propósitos como cabeza de gobierno. Respetaron su forma original y la distribución de solares se hizo de tal modo que no perjudicara lo construído por los incas.

Don Francisco Pizarro junto con Fray Vicente de Valverde, Juan y Gonzalo Pizarro “tomó posesión de la ciudad, en las gradas de la picota que pocos días antes había mandado hacer en medio de la Plaza y pidió por testimonio, cómo con un puñal que traía, labró algo en las dichas gradas y cortó un nudo de madera de la dicha picota, en presencia de todos, e hizo todas las diligencias de la fundación de esta ciudad, que dijo era obligado hacer, y puso por nombre a este dicho pueblo, la muy noble y gran ciudad del Cuzco”. Tal como consta del testimonio que labró el escribano D. Sancho Ortiz de Orúe cumpliendo el mandato del Licenciado Polo de Ondegardo, corregidor del Cuzco durante los años 1558 a 1561.

La segunda fundación o sea la fundación española del Cuzco, tuvo lugar el 23 de Marzo de 1534; pero desde el 15 de Noviembre del año anterior, Francisco Pizarro y sus compañeros habían llegado a la imperial ciudad. Fué en esta segunda fecha que el conquistador tomó posesión solemne y fundó el Cabildo. “En 29 de Octubre del dicho año, entraron en Cabildo e Ayuntamiento, los muy nobles SS. tenientes Hernando de Soto, Beltrán de Castro, el Capitán Candia, alcaides y Pedro del Barco y Francisco Mejía y Gonzalo Pizarro, Gonzalo de los Nidos y Juan de Valdivieso y Diego de Bazán, regidores, y así juntos platicaron que pues se deben dar solares, y Pedro del Barco, regidor, dijo, que el voto del señor gobernador, según él supo era que se diesen a 250 pies de solar, y quieto le dijo su señoría que se hiciese a 200. Cuando de allá ahora vino el dicho señor Alcalde Beltrán de Castro, dijo que su voluntad era dar 150 pies de solar, y todos los demás

dijeron que eran del voto de dar 200 pies a cada solar, y como era este el voto de todos, y así acordado o votado como dicho es”.

Como la mayor parte de los solares que se repartieron estaban ocupados por edificaciones de los indios y la partición resultaba difícil, pues unos tenían más de los 200 pies asignados en cuadro, se estableció “que por manera que no se pueden dar los dichos 200 pies, juntos, en algunos solares sin daño y perjuicio de algunos vecinos y sin dañarse a otros solares, que ya están por nosotros dados, ordenamos y mandamos que se cumplan en largo lo que faltare de ancho aunque tenga 30 y 40 pies menos”.

También el Cabildo acordó no echar a los propietarios indios de las casas que ocupaban, aunque ésto, posteriormente se realizó cuando el virrey Toledo llevó a cabo las reducciones. Pero había en las ordenanzas promulgadas un espíritu de justicia y de paz, que se traduce de esta transcripción: “por cuanto en muchos de los solares que están repartidos en los vecinos..... viven y habitan indias mamaconas del sol y de los señores antepasados y podía ser que si luego los echasen de sus casas y moradas, sucediese en daño y desasosiego de los naturales..... ordenamos y mandamos..... que no se mueva, ni edifique, haga ni deshaga bohío ni pared de las casas donde las dichas mamaconas o indios naturales que en su solar estuvieren, y ansí mismo, que cada uno se esté en la posada que hasta ahora se ha estado, hasta que por el señor gobernador sea mandado”.

El respeto a los grandes edificios que el incanato dejaba, fué mantenido por las autoridades del Cabildo. Sin embargo, como era fatal, muchos muros iban deshaciéndose para amoldar la casa a las necesidades del nuevo propietario. Pero los grandes muros sirvieron de cimientos a los nuevos edificios por las dificultades de remover todo ese material pétreo y por las conveniencias de aprovecharlo como tal, dió un nuevo y especial carácter a la ciudad.

Se imprimía un ambiente propio: a la planta urbana incaica se plegaba con toda facilidad, la que albergaba las necesidades de la nueva raza. Plazas y calles correspondían al trazado recomendado en la Legislación de Indias; la orientación que sirvió para consagrar la ciudad en los primitivos tiempos de su fundación, se conformaba con las prescripciones de comodidad que los fundadores querían que sus ciudades tuvieran en su trazado; la repartición de solares fué fácil ya que los ayllos ocupaban en cada isla, cuarteles como los que la práctica de colonización, necesitaba en su reparto a los primeros fundadores. Las acequias de distribución de agua y las que sirvieron para colectar las usadas, también fueron aprovechadas porque ellas eran para los españoles, un elemento similar al que tenían en sus ciudades de Iberia.

Polo de Ondegardo en el siglo XVI decía "que aquella ciudad del Cuzco era casa y morada de dioses y casi no había en toda ella puente, pozo, ni pared que no tenía misterio". Y este misterio se inculcaba en la nueva raza que crecía dentro de ella.

Y en el siglo XX, Luis Valcárcel dice: "La única ciudad de América en que conviven las edades y las civilizaciones, con todos sus contrastes en parte amalgamados e inconciliables en muchos, es en la milenaria capital de Tahuantinsuyu".

Cuzco, es muestra de cultura urbana de los tiempos pre-térítos a la Colonia. Los investigadores acuciosos pueden descubrir valiosos argumentos y principios para nuevas teorías. Pero la plástica urbana imperecedera, es un testimonio de irrecusable valor de adelanto y de perfeccionamiento de la civilización del pueblo incaico. (*).

Emilio Harth-Terré.

(*) Para este trabajo se ha aprovechado las obras de todos los antiguos cronistas del Perú.